



Carta de Navidad 1977

CASA GENERALIZIA
dei Fratelli delle Scuole Cristiane
Via Aurelia, 476 ● C.P. 9099
I - 00100 Roma, Italia

Roma, 8 de diciembre de 1977

Querido hermano:

En la nueva conmemoración de la Navidad te renuevo mis sinceros deseos de paz y gozo, y que de estas fiestas se derramen todo a lo largo del año entrante. Al Dios cuya venida al mundo conmemoramos, encomiendo mis votos para que no queden inanes, se realicen plenamente y de su plétora participen todos tus seres queridos.

En sintonía con el espíritu y con las costumbres de estos días finales del año, quisiera en esta carta recordar algunos hechos del año 1977 de particular interés para nosotros. Hechos que se han incorporado ya a nuestra historia pasada, pero que, en algún modo, se continúan o influirán en el año inminente.

1. El Instituto ha seguido a lo largo del año el trabajo de asimilación y traducción a la vida real de las orientaciones capitulares. Un empeño fundamental, que es en sí la mejor respuesta a tanta duda y aprensión estéril, a tantos cálculos e interrogantes sobre nuestras perspectivas y posibilidades actuales y sobre nuestro inmediato futuro. Adelantemos,

antes de examinar algunos aspectos principales de este cometido, un juicio general en respuesta a una pregunta oída repetidas veces. ¿Corresponde la realidad del Instituto a lo que se dice y se proclama en los documentos que el Capítulo preparó y en los que vamos recibiendo ahora?

Diríamos mejor que el Instituto *responde* al programa que el Instituto trazó, sin que se pueda aventurar que el Instituto *es ya* lo que tales documentos suponen y proponen. Y que tal respuesta es, obviamente, desigual e incompleta. *Desigual*, porque es vieja ley a la que no podemos sustraernos que todo llamamiento encuentra tantos ecos distintos como personas o grupos interesados. *Incompleta*, porque se trata de programas de espíritu y acción con que tratamos de aproximarnos al ideal propuesto, en la esperanza — una esperanza activa, como lo es toda esperanza genuina — de que paso a paso iremos acortando distancias. Más que perder mucho tiempo en indagar lo que otros hacen o dejan de hacer, lo que nos urge es que vayamos todos — tú y yo, por ejemplo — elevando el nivel general de fidelidad con la nuestra propia.

A ello sirve fundamentalmente el estudio mancomunado de *los documentos capitulares*. Este estudio ha visto enriquecidas sus fuentes con la publicación de *las Reglas y Constituciones* y del *Libro del Gobierno* en su nueva edición. Promulgados el 8 de septiembre en su edición original francesa, han seguido en breve tiempo las versiones en las otras dos lenguas oficiales del Instituto y continúan preparándose otras traducciones debidamente autorizadas. Este es el momento de rendir un breve cuanto sincero tributo de gratitud y admisión

al H. Maurice-Auguste y a los demás miembros de la comisión postcapitular responsable, por el meritisimo trabajo realizado en varios meses de dedicación ejemplar.

Igualmente ha aparecido durante el año el documento capitular sobre *la Formación* y sale ahora el primer estudio del Consejo General sobre *la Consagración*, en cumplimiento de la expresa recomendación capitular (Cf. Circular 403, pág. 87). Durante el 1978 verán la luz los otros tres documentos capitulares: sobre la Misión del Hermano, el Instituto en las Iglesias Jóvenes y la Comunidad, por este mismo orden. A cada Hermano y a cada comunidad toca preguntarse qué eco y qué continuación práctica da a la recepción de cada uno de estos documentos, en los que nunca falta un plan de trabajo y una invitación a actuar y a reaccionar de modo que el documento no quede en letra muerta.

Los documentos no constituyen, con todo, el medio exclusivo ni siquiera el medio principal de comunicación y de animación par el Hermano Superior y su Consejo en la misión y servicio que se les ha encomendado. En el transcurso del pasado año, y aparte de otros contactos más breves y ocasionales, el Consejo General ha visitado Africa, América Latina en su cono sur y Canadá. Lo ha hecho en diversos meses y en dos grupos, respectivamente dirigidos por el Superior y el Vicario.

Más de 1600 hermanos han tenido ocasión, por grupos o individualmente, de exponernos sus ideas y sus preocupaciones y de escuchar, a su vez, lo que hemos creído oportuno decirles. Ha constituido un mutuo enriquecimiento que beneficia mucho a todo

el Instituto y a su verdadera unidad. Aunque la realidad, siempre compleja y extremadamente diversa, se resiste a ser encerrada en unos párrafos, intentaré referir las comprobaciones más generales y de más relieve que hemos observado. Más o menos acusadamente hemos advertido, en los 24 distritos y sectores visitados...

a) que *diversos Capítulos* y Asambleas de hermanos se empeñaban en captar con realismo el mensaje capitular y su incidencia en la situación propia y circundante, para adoptar orientaciones y soluciones que aseguren la renovación interna y las respuestas más adecuadas a las interpelaciones del medio. En varios de ellos hemos participado, con una participación intencionadamente limitada para no impedir en nada la conveniente autonomía de reflexiones y decisiones. Nos ha parecido evidente que la intervención activa y responsable de los hermanos se va haciendo por doquier más activa y responsable. La noción de corresponsabilidad, como inseparable de la subsidiariedad bien entendida, penetra y se manifiesta de varios modos. La asegura y la regula la adopción de un sistema de representatividad bien estudiado. Así, a la vez que se evitan la confusión y ciertos desequilibrios a que expone una participación hartamente masiva, se asegura el acercamiento de principios y planteamientos a la realidad de todo el distrito y de todos los hermanos. Y se encuentran canales apropiados para asociar a todos, en diversos modos, a la actuación y preparación de decisiones en las sesiones capitulares. Nunca encareceremos demasiado la importancia de estas reuniones capitulares para asegurar a cada distrito un plan adecuado de animación y

de acción y los cuadros competentes que han de asegurar ambas.

b) que *la pastoral vocacional* acusa una preocupación renovada y un planteamiento más decidido en casi todos los distritos visitados. En algunos, los resultados han comenzado a ser extraordinarios; en todos se apunta una curva tímida o claramente ascendente, en proyectos y en éxitos. Podemos decir que, en general, el interés de los hermanos por este apostolado fundamental toma ritmos y aires nuevos de mayor esperanza y mejor actuación.

c) un aumento del sentido de responsabilidad y de realismo por lo que toca a la *formación inicial*: sobre todo, por lo que concierne al período, sumamente importante, que sigue al noviciado canónico. Queda todavía algún distrito en el que el planteamiento de esta fase de la formación adolece de una excesiva dispersión de los hermanos estudiantes, de modo que difícilmente se podrá atender a una adecuada animación de los mismos. Tal actitud no parece reflejar una reacción suficiente ante las pérdidas y resultados negativos sufridos en tantos distritos por falta de una atención seria a los requerimientos de esta etapa formativa.

d) un notable incremento en la conciencia de *la dimensión pastoral* de nuestro trabajo profesional. En general, se piensa más en el valor misionero, personalizante, de nuestro quehacer, que tantas veces y en tantas formas ha aparecido como sofocado por atenciones « académicas » de prestigio, resultados... Tal concientización en auge se expresa en los intercambios comunitarios sobre el sentido y alcance

de nuestra acción en alumnos y en el medio en que actuamos...; en la mayor creatividad ejercitada en proyectos educativos entre los marginados...; y también en el afán, más arduo pero no menos necesario, de rejuvenecer y actualizar pastoralmente las instituciones envejecidas o poco sensibilizadas a nuevas situaciones. A veces degenera en una nociva polarización que enfrenta a quienes quieren crear nuevas obras en favor de los más olvidados con quienes pugnan por renovar y animar obras de las que ya respondemos, y que deben añadir nuevos capítulos de excelente acción educativa a una historia cargada con los mejores testimonios de gratitud y aprecio. Una polarización que no responde al sentir y a las orientaciones capitulares y podría comprometer el éxito de una buena planificación para los años que vienen.

Esta atención mejorada al valor pastoral de nuestro trabajo descubre más claramente la urgencia de una mejor inserción en la pastoral de conjunto, dentro de la iglesia local y diocesana. Inserción dinámica y generosa, verdaderamente cristiana, muy recomendada durante la reflexión sinodal, y sin la cual nuestra acción apostólica pierde sentido, fuerza y continuidad. Quien sienta demasiada reticencia o alergia a esta inserción debe meditar seriamente en la verdadera noción de la Iglesia y en la doctrina genuina del Fundador (Cf., por ejemplo, Mds. 106, 199, 200).

e) por lo que toca al Africa, se viven en más de un distrito los tanteos y dificultades inseparables del proceso de transferencia de responsabilidades ejercidas antes totalmente por quienes de fuera

llegaron a implantar el Instituto a los hermanos del país. Se advierte una progresiva atención en los primeros por asegurar a dicha transferencia rapidez y garantías; en los segundos, una cierta impaciencia por disponer de un cupo de total confianza para el desempeño de responsabilidades superiores. Saben éstos que todo ello supone una profunda seriedad en la preparación de cuadros y en la más exacta inteligencia de la verdadera naturaleza de nuestra consagración y de nuestro apostolado específico, para poder así adecuarla a las condiciones locales sin desfigurarla en lo que tiene de más genuino.

f) en América Latina, la colaboración de hermanos-profesores-padres-alumnos va creando una constelación de *comunidades educativas* muy activas, prenda de renovación y de creatividad pastoral en las áreas atendidas por nuestro Instituto.

g) en todas las regiones visitadas, se ve un esfuerzo por remozar y dinamizar la *vida comunitaria*, siempre amenazada por el individualismo, por el aburguesamiento, por las tensiones de un pluralismo mal integrado. Es tan extensa como esperanzadora la atención prestada a la comprensión y a la organización del *proyecto comunitario*, estudiado y servido con mejor sentido de corresponsabilidad. Sin que falten las sombras... Los que atezados por rutinas y recelos no entran « en el juego »: en un esfuerzo coordinado de preparación, realización y evaluación en común de los varios aspectos de la vida comunitaria. No se deciden así a « construir la comunidad por el don gozoso de sí mismo », en los términos de la Regla (3, b). Tene-

mos motivos para esperar que el proceso de tal «edificación en común» avance con no menor ritmo del advertido hasta ahora.

b) Hemos sacado, en fin, la impresión de que en muchos hermanos se ha reavivado — tal vez más señaladamente en distritos de vieja historia — la intuición de que para que el Instituto se revitalice no se ha de esperar un acontecer espontáneo o que nos venga regalado de fuera, sino que se ha de fraguar día a día con el trabajo serio y esperanzado de todos. En la común indagación y puesta en marcha de nuevos modos de realizar nuestra misión de siempre, que no puede envejecer al servicio de una juventud siempre nueva y de unos pobres siempre con nuevas necesidades.

En este aspecto de visitas programadas con varios miembros del Consejo, quedan previstas para 1978 las de España (en el centenario de la entrada del Instituto en el país), Estados Unidos, Australia y Bélgica-Holanda. En estos distritos, en sus hermanos, comunidades y problemas pensamos particularmente desde ahora, con el deseo hecho plegaría de unos encuentros felices y fructuosos.

Al cerrar esta visión panorámica del proceso de renovación en el Instituto, considero indispensable citar, por su alcance internacional, la extraordinaria aceptación alcanzada por *el Centro Internacional Lasaliano (C.I.L.)*. La primera promoción después del Capítulo terminó su trabajo a finales de abril, con alto grado de satisfacción y entusiasmo netamente manifestado por los participantes. Si aquel primer grupo, reunido con los apremios que impuso el corto espacio de tiempo desde la clausura del

Capítulo General llenó enteramente el cupo de plazas disponibles, ha sido ahora imposible atender, para la formación del segundo grupo, todas las solicitudes recibidas. Lo cual no impide llamar la atención a los muy contados distritos que no han empezado a tomar contacto con nuestro C.I.L.: no lo podemos considerar normal, de no mediar muy particulares y concretas razones, debidamente estudiadas y expuestas por los responsables.

Sabes, hermano — lo sabemos todos — que la conocida parábola del trigo y la cizaña tiene un alcance universal y perpetuo. Cuanto vengo señalando es una serie de procesos en curso, gracias a Dios, de signo muy positivo. Obvio resulta que se dan grupos, y más aún hermanos, que no siguen fácilmente los ritmos y los tiempos de tal renovación en común, que no se integran en ellos con suficiente entrega y generosidad. Sin querer exceder en nada el celo y la paciencia del Dueño de la mies, que «deja crecer uno y otra hasta la siega», seguimos con todo cuidado y atención particularizada esas dificultades personales o de grupo. Y esperamos confiados ayudar a resolverlas favorablemente.

2. EL SINODO SOBRE LA CATEQUESIS, ha sido para nosotros, en la Iglesia y en el Instituto, un acontecimiento de primer orden dentro del año que expira. Como miembros de la Iglesia, vemos en él una de las más altas y ricas expresiones de la catolicidad y de la colegialidad episcopal. Como hermanos en el Instituto, este último Sínodo aportaba el interés particular que le venía de su tema, tan cercano a los objetivos de nuestra misión específica: Catequesis, Jóvenes.

Creo útil una mirada retrospectiva y evaluante sobre *la preparación* del Sínodo. En general, pude apreciar dentro de la asamblea sinodal que el trabajo realizado a nivel de Iglesia universal para estudiar su tema era ya en conjunto un fruto muy positivo de su convocatoria. Por lo que respecta al Instituto, bueno será que cada comunidad y cada hermano se interrogue sobre lo que hizo o dejó de hacer para participar en algún modo en tal esfuerzo eclesial. Mención especial, por muy honrosa para el Instituto y muy eficaz, me merece la participación de los 31 hermanos que me enviaron valiosas colaboraciones particularmente sobre la catequesis escolar y los jóvenes.

Ni será tiempo perdido el analizar cuál fue nuestro *modo de acompañar* el trabajo sinodal. No cabía en nuestra condición de profesionales de la catequesis y de la formación de jóvenes limitarnos a la actitud meramente curiosa, expectante o meramente crítica de no pocos, apenas interesados por lo que de noticia o espectáculo podía darse en él. Hemos dispuesto de diversos medios — aún incompletos hasta que aparezca, sobre todo, el documento definitivo — para captar y ordenar los puntos más importantes sobre los que el Sínodo insistió. No para buscar que su doctrina coincidiera con nuestros personales puntos de vista, cuanto para adecuar éstos a lo convenido y promulgado a nivel universal. Creo que las líneas de fuerza de la doctrina sinodal que se ofrecen a nuestra atenta consideración son éstas:

- 1) el papel fundamental de la comunidad eclesial como « origen, lugar y meta » de toda catequesis, por su condición de Pueblo de

Dios y Signo universal de salvación. Importancia fundamental de una inserción real y sincera de nuestro trabajo catequístico, de cualquier tipo que sea, en las varias comunidades catequizantes (las ya tradicionales como la escuela y la parroquia, las cada día más importantes comunidades catecumenales y eclesiales de base...) o con ellas, pero dentro de una verdadera coordinación y comunión en la Iglesia universal.

- 2) el derecho fundamental de todos los hombres, particularmente de los niños y de los jóvenes, a recibir íntegra y progresivamente comunicación adecuada del mensaje revelado. Derecho que hemos de defender y ejercer con denuedo. Derecho que hemos de servir con una atención mucho mayor al estudio del mensaje y del lenguaje propio para hacerlo inteligible, a evitar en su comunicación deformaciones o lagunas que son verdaderas traiciones.

- 3) la importancia primordial de una buena « aculturación », que es respeto a la persona y a la cultura que recibe nuestro mensaje y exigencia radical de la verdadera encarnación de la Iglesia, como Signo de salud, en cada realidad humana. Aceptación total del principio según el cual toda cultura ha de ser asumida y penetrada por el Evangelio, tratando de encontrar en cada una las « semillas del Verbo », misteriosa pero realmente depositadas en ella, y de recoger, purificar, ordenar y mejorar todos los valores que cada una encierra.

4) la urgencia de multiplicar los « lugares » de la catequesis, los medios humanos en que la iniciación y formación cristiana sistematizada y continuada, que es la catequesis, pueda darse y se dé efectivamente. ¡Qué inagotable vena de posibilidades las nuestras para completar y asegurar la formación de nuestros jóvenes mediante iniciativas evangelizadoras con los adultos que junto a ellos y a nosotros se mueven, ayudando a su formación cristiana permanente!

5) la necesidad capital de organizar mejor, de integrar más adecuadamente, de animar más generosamente la formación inicial y permanente de los catequistas, de modo que se sientan más idóneos, con más facilidad, aplomo y entusiasmo para responder a lo mucho que de ellos se espera, a afrontar con más seguridad las dificultades actuales de la catequesis...

6) Y por lo que respecta a las « generaciones adolescentes » a quienes el Sínodo quería prestar particular atención según el enunciado de su tema general, se insiste en la importancia particularísima que la juventud tiene hoy. No se trata de adularla ni de mitificarla, sino de tener muy en cuenta sus posibilidades y sus carismas, de atender mejor a sus interpelaciones y problemas. Dar a los jóvenes más posibilidades de acción e iniciativa, responsabilidades adecuadas a sus propias características: que sean ellos cada vez más y mejor los agentes de catequesis entre sus coetáneos.

Así esquematizadas, estas líneas de fuerza de la reflexión sinodal apuntan tan sólo, muy lejos de agotarlas, las directivas contenidas en las 34 proposiciones, adoptadas por un consenso que para casi todas ellas rebasó el 90% de los votos, y confiadas al Sumo Pontífice. Será más fácil entender y aplicar la riqueza de sus sugerencias cuando tengamos el documento, o Exhortación apostólica, prometido: pero desde ahora es posible y necesaria una atenta consideración de tales grandes líneas para que nos ayuden a evaluar, animar y orientar nuestra acción catequística.

Aludimos a una espera que quiere ser activa. Tenemos delante un gran quehacer para mejor entender e integrar la *relación escuela-catequesis*, de acuerdo con nuestra mejor tradición lasaliana y con los nuevos planteamientos y situaciones, en diversos cuadros culturales. Tal relación, que de tan de cerca nos toca, ha sido objeto de polémica, de confusiones y de abandonos que han tenido su eco en el Sínodo.

Analizar el valor catequístico de la escuela, las posibilidades de la misma escuela en general para la evangelización de las diversas culturas, y, particularmente, la responsabilidad, potencialidad, límites y condiciones de la función catequizadora de la escuela católica hoy constituye un objeto permanente de estudio para nosotros, por el hecho mismo de nuestra vocación y misión en la Iglesia. Hacerlo de modo serio, objetivo y responsable lo consideramos como tarea esencial, como necesidad vital, como programa exigente.

Tema polémico, como queda apuntado, en muchos países. Entre los mismos religiosos y reli-

giosas que abrazaron como vocación propia la catequesis escolar se han producido considerables abandonos y evasiones a otros campos de acción, como lo comprueba el documento de la S.C. de Educación Católica de 19 de marzo último. En alguna de las conclusiones del Sínodo, al señalar la gran importancia de la escuela católica, se alude a que ella « es objeto en diversas regiones de dudas y objeciones en cuanto a su misma razón de ser y a su eficacia educativa ». Debemos examinar noble y sinceramente hasta qué punto nos alcanza una responsabilidad en ello, por cuanto no hayamos acertado a expresar con suficiente claridad, sobre todo en los hechos, la verdadera naturaleza y adecuada imagen de nuestra escuela, tal como la concibiera, por ejemplo, nuestro Fundador. Tal vez ha sido en algún caso de aquéllas que han aparecido como « antitestimonio de fe cristiana », y que el Sínodo también cita.

Mi intervención personal en el Sínodo giró en torno a este tema. Por su importancia y actualidad y porque, a mi ver, el documento de trabajo distribuido meses antes a los padres sinodales se refería a él en términos sumamente vagos e imprecisos. Tanto que se juzgó oportuno organizar una reunión de superiores y responsables de Institutos religiosos docentes con expertos en pedagogía y catequesis para establecer unas proposiciones y unos criterios que pudieran ofrecerse a la consideración de la asamblea sinodal.

Con la concisión forzosa de la intervención oral y en documento depositado en la secretaría del Sínodo pedía al mismo Sínodo unos conceptos claros sobre el papel que a la escuela corresponde en la

catequización, los límites y condiciones de esa participación, las orientaciones para una mejor coordinación de las diversas entidades catequizantes y sus iniciativas.

Los resultados de la discusión sinodal aparecen en las conclusiones adoptadas. Luego de reconocer las cortapisas que en no pocos países impiden y estorban una mejor acción catequística en la escuela, se indican algunas características fundamentales que especifican el trabajo evangelizador de la escuela católica:

- ilustrar el progreso cultural con la luz del Evangelio;
- ofrecer respuestas a las preguntas que el avance en la cultura hace surgir en el espíritu del joven y ayudarle a dar una dimensión cristiana a los conocimientos que va adquiriendo;
- ser uno de los pocos espacios de libertad en que puede prepararse y significarse la liberación integral del hombre;
- crear un espíritu o ambiente « catecumenal », en que se ayude al joven a conocer mejor la verdad revelada y a adquirir una « cosmovisión » cristiana;
- prepararle a cambiar el mundo de acuerdo con los valores evangélicos.

Se señala, como condición primordial para realizar tal programa, el favorecer la formación de *una auténtica comunidad educativa cristiana*, de reconocida competencia, para así llegar a ser « uno de los lugares privilegiados de la comunidad cristiana ».

Programa ciertamente vastísimo y exigente. Habremos en cada caso de preguntarnos en qué modo y hasta qué medida resulta realizable en nuestra situación concreta. Pero preguntándonos también sobre si agotamos realmente las posibilidades con que contamos o si, por el contrario, no somos harto fáciles para ceder el terreno y la iniciativa a otros que mal disimulan sus ansias por nuestra retirada del empeño. Y no precisamente para hacer la escuela realmente neutra (¡cosa imposible!) en la orientación de la juventud tocante a los problemas de la existencia.

No se trate nunca de defender una escuela católica en abstracto (que no existe) sino de crearla y re-crearla de modo que sea digna de tal nombre. Y, si es cierto que en algunos países no podemos ya contar con la autonomía que supone la organización y animación de tal escuela, siempre habremos de encontrar el modo de cristianizar la escuela, de injertar valores cristianos en la educación de la juventud, con los medios que una creatividad despierta nos debe inspirar.

Para ayudar y coordinar la acción de todos en estos campos de reflexión y acción catequística, y en particular catequístico-escolar, pensamos en la constitución de *una Comisión Catequística Internacional* que continúe, con modalidades algo diferentes, el trabajo de la que se formó en 1972, en cumplimiento de un voto formulado en la reunión de Hermanos Visitadores en Roma (1971). Algo más reducida que la anterior, para facilitar la frecuencia de sus reuniones y la agilidad de sus contactos. Con la inmediata participación en sus trabajos de los hermanos consejeros Pedro Ruedell y José Cervantes

y la cooperación solicitada de aquellos hermanos que, en las diversas regiones, son agentes de esa misma función animadora y coordinadora.

Uno de sus primeros trabajos podrá ser el hacer circular más ampliamente por el Instituto los diagramas para el análisis de nuestro trabajo catequístico y escolar preparados y publicados por la anterior comisión y no suficientemente explotados. Pueden ayudar a calibrar de modo sistemático y generalizado nuestra acción evangelizadora y sugerir parecidos análisis y estudios. El ponernos « todos » a trabajar en conocer mejor lo que hacemos y su verdadero alcance evangelizador sería ya de por sí un test de interés y responsabilización. No hemos echado en olvido las graves palabras de nuestro querido predecesor, el H. Charles Henry, en su Carta de Navidad de 1975 (pág. 6), a las que ya me referí en mi Carta de Navidad 1976. Ayúdenos a ver claro y a obrar concertada y creativamente la acción de la nueva C.I.C. (Comisión Internacional Catequística) que ahora ponemos en marcha.

El otro eje de mi intervención en el Sínodo lo constituyó el tema de *los jóvenes*. Por obvias razones « vocacionales », por ver que el « sobre todo » (« praesertim ») con que el tema general del Sínodo se refería las generaciones jóvenes tenía especial fuerza para nosotros, porque hasta las palabras del Papa durante la audiencia privada que me concedió en enero iban en tal sentido...me propuse reclamar la atención de los obispos sobre este punto.

Las ideas que en el aula resumí recibieron particular concreción y actualidad de las 1500 Cartas de jóvenes al Papa que, por una iniciativa muy feliz

de nuestros hermanos norteamericanos, seguida luego por otros, me habían llegado en los meses anteriores al Sínodo. Tales documentos, de admirable espontaneidad, fueron objeto de un particular interés durante el Sínodo y en las semanas que lo han seguido. Siempre será de muy grande utilidad e inspiración el recoger sus juicios y sus críticas sobre lo que con ellos intentamos hacer... Destaca, sobre todo, en dichas Cartas la reiteración de muchachos y muchachas (su edad, generalmente entre los 16 y 18 años) en pedir más atención a sus verdaderos problemas, un lenguaje más inteligible al tratar de los problemas religiosos y humanos y un reconocimiento práctico y efectivo de su capacidad para participar con voz y con iniciativas propias en la acción catequística, como verdaderos agentes responsables en la evangelización.

Si, como lo recuerda una de las proposiciones principales adoptadas por el Sínodo, el « compromiso cristiano » ha de ser expuesto y propuesto íntegramente, en la catequesis, no podrá faltar una real iniciación a tal compromiso en la misma catequesis. Con no poca frecuencia no damos prueba de aquella fe en los jóvenes y en los niños que campea en la vida y escritos del Fundador. Y, ciertamente, no es que podamos pensar que él o sus primeros hermanos trabajaran con una clase particularmente selecta de adolescentes...

Digamos, para concluir estas breves notas sobre la catequesis con los jóvenes como tema preferente del Sínodo, como fué también opción histórica de La Salle y del Instituto que él fundó, que no se entendería tal preferencia si fuera excluyente de los adultos. Así el Sínodo, convocado para hablar « sobre

todo » de la catequesis a niños y jóvenes, dedicó su mayor tiempo y su mayor cantidad de reflexiones y documentos a temas generales que tocan igualmente las diversas comunidades cristianas. Ha insistido mucho sobre la catequesis permanente de todas las edades y ha reafirmado la necesidad de comprometer a los adultos como agentes y como objeto de la catequesis: importancia de las pequeñas comunidades eclesiales, del catecumenado como proceso y profunda experiencia comunitaria de vida cristiana para los ya bautizados...Una acción catequística limitada o harto exclusivamente concentrada en los menores sería acción sin mañana y sin verdadero arraigo existencial.

Muy lejos, pues, de nosotros el creer que es fidelidad inteligente a nuestra dedicación preferencial a la juventud el olvidar a los adultos que alrededor de ellos se mueven: padres, profesores, exalumnos... Viene aquí una vez más a la mente el trabajo iniciado muy bien en algunos distritos, y siempre posible en todos, de animar las comunidades educativas comprometidas y eficientes, realmente conscientes de sus posibilidades de acción con los jóvenes y los menos favorecidos. Ciertamente que en algunos países las dificultades de orden socio-político o estructurales estorban no poco su acción: pero en la secular historia de la evangelización las dificultades no son fenómeno casual: han servido generalmente como desafío excitante al celo y a la generosidad, cuando tal celo existe...

3. Como colofón a este recuento de los hechos históricos que hemos vivido recientemente y que aún se mantienen vivos en nuestro recuerdo, evocaré

este otro acontecimiento excepcional que ha alegrado y ha honrado particularmente nuestro Instituto durante el 1977: *la doble beatificación de nuestros hermanos Muciano y Miguel*.

Ha sido universal el gozo con tal motivo, los testimonios de adhesión sincera a la obra y al espíritu de La Salle, elevados al honor de los altares en dos personas concretas que tan ejemplarmente los sirvieron y vivieron. Obviamente, quienes pudimos participar personalmente en la ceremonia de Roma tuvimos ocasión de saborear más tal triunfo y tales manifestaciones... Todo fue muy hermoso, pero no podemos contentarnos con ello en modo alguno. Un hecho de tal naturaleza no está destinado solamente al regodeo festivo, sino a la inspiración y orientación de nuestras vidas.

Estos acontecimientos son gracia solamente para aquellos que los asumen interiormente, en la reflexión y en el amor, como ocurre siempre con cualquier gracia. Para muchos, para cuantos piadosamente se congregaron en la plaza de San Pedro el 30 de octubre, la beatificación de nuestros dos hermanos tuvo mucho de renovado « Magnificat », de exaltación de los humildes y pobres, difícil de ser plenamente captada y gustada por los sabios y poderosos del siglo. Olvidan, quizá, este aspecto quienes fácilmente califican como triunfalismo huero lo que el pueblo sencillo sabe mejor que nadie intuir, acoger y proclamar.

La Iglesia, por su más alta autoridad, no hizo sino refrendar de modo solemne lo que ya el pueblo venía sintiendo y celebrando en la intimidad de una devoción profunda, de una admiración y una con-

fianza plenamente espontáneas. Testigos de siempre las dos tumbas de nuestros héroes. Acertadamente escribía en LA CROIX Pierre Pierrard, unos días antes de la beatificación: « ¡Qué bien te mereces nuestro amor, Iglesia santa, porque eres la única capaz de exaltar ante los ojos de un mundo de estupro, vanidad y codicia, lo que hay de más pobre, desconocido y sacrificado! ».

Mientras ese pueblo sencillo ha ido allanando, con la tenacidad que inspira el amor, todos los obstáculos jurídicos o materiales que podían desaconsejar la solemne proclamación, pudieron darse y se dan los juicios, autosuficientes cuanto errados, de quienes estiman sólo vanidad y derroche lo que ellos no aciertan a comprender bien. Nos vienen al espíritu, sin buscarlo, ciertas páginas evangélicas en que semejantes desdenes hacían el contrapunto a otros gestos espontáneos de devoción popular (domingo de ramos, María en Betania...)

El triunfo de los dos nuevos beatos ha sido también el triunfo de la catequesis a los pequeños, el triunfo de la catequesis escolar. Lo subrayó fuertemente el Papa en su homilía, lo cantó con acentos líricos en el saludo a los fieles congregados para el « Angelus », lo preparó la coincidencia con la clausura del Sínodo. Una coincidencia que repetía otra muy análoga, la de la canonización de San Benildo con el final del primer sínodo. « *La finalidad para la que el Fundador concibió la nueva sociedad religiosa era la de preparar elementos especializados en las tareas educativas, capaces de dedicarse eficazmente a la formación humana y cristiana de la juventud, especialmente de la juventud pobre, de los hijos del pueblo...* », recordó el

Papa en su homilía. « *Miramos con ojos gozosos a estos modelos de virtudes humanas y cristianas para tributar homenaje de nuestra alta estima a la enseñanza...* » dijo en la alocución a los fieles congregados en la plaza a mediodía. Las dos imágenes, a la vez austeras y sonrientes de los dos Beatos, unidas en un mismo lienzo sobre la fachada de San Pedro decían, a su modo sencillo y silencioso su mensaje al mundo y al Instituto...

Todo este recuento de acontecimientos familiares acaecidos en un año que muere no tienen nada de vano regusto a narcisismo. Son en sí una indicación, o una serie de indicaciones, para el año que viene. Así, los hechos y los procesos humanos trenzan su unidad sobre las divisorias un tanto convencionales que traza el calendario. Que a lo largo del año 1978 nuestra comunicación en un afán compartido de renovación, nuestra comprensión y desarrollo de la misión que nos honra y obliga y da sentido a nuestra vida sigan incrementado su fuerza animadora, en bien de los jóvenes y de los pobres. Que del Instituto se pueda seguir diciendo, y cada vez con mayor verdad, a lo largo del 1978, lo que del Salvador se dijo: « Se anuncia el Evangelio a los pobres ». A finales de año cada distrito hará llegar al Consejo General « un Informe en el que explique cómo ha puesto en práctica y cómo intenta hacerlo en el inmediato futuro, los principios de la Declaración y las orientaciones del presente Capítulo General a propósito del servicio educativo de los pobres y del esfuerzo por promover la justicia... » (Prop. 14 del Cap. Gl. de 1976, cf. Circular 403, p. 80). En mi siguiente Carta vol-

veré más particularmente sobre este aspecto. La publicación del documento capitular sobre « La Misión » dentro de este año 1978 ayudará a reflexionar sobre nuestra preferente dedicación a los pobres en el menester educativo. Así nos ayudaremos recíprocamente a crecer en nuestra fidelidad a San Juan Bautista de La Salle.

Que él nos asista y nos guíe en nuestro empeño y, con él, los beatos Miguel y Muciano.

Cordialmente

A handwritten signature in black ink, reading "H. José Pablo". The signature is written in a cursive style with a long horizontal stroke underneath the name.